



VOLUMEN 1 NÚMERO 2 2013

Revista Internacional del

Libro, Digitalización y Bibliotecas

6W↑T da k ege USfâefda XWè

WENCESLAO CASTAÑARES

Del libro y sus catástrofes

Wenceslao Castañares, Universidad Complutense de Madrid, España

Resumen: La pregunta en torno al futuro del libro ha dado lugar a una **polémica** que ya tiene una cierta tradición. Esta polémica resulta en muchas ocasiones confusa porque no todos los que intervienen en ella hablan de lo mismo. La primera parte de este ensayo tiene como objetivo aclarar esta cuestión: de qué hablamos cuando se discute del futuro del libro. En segundo lugar, se trata de clarificar qué consecuencias tiene para el libro, tal como lo hemos conocido hasta hace poco, el principio general de que en todo cambio tecnológico hay algo que se gana y algo que se pierde. Finalmente, considerando que el libro es un medio de comunicación que involucra ciertas prácticas, se examinan qué cambios pueden producirse en las prácticas de los sujetos que usan los libros los cambios tecnológicos que se están produciendo en nuestra época.

Palabras clave: libro, libro electrónico, futuro del libro, cambio tecnológico, prácticas de lectura

Abstract: The question about the future of the book has led to a controversial discussion that has already a tradition in itself. This discussion is confusing because not all the authors engaged in it do speak about the same issues. The first part of this essay is focused on shedding light about what we intend when we speak about the future of the book. In a second part, we will try to elucidate what consequences will have for the book the fact that every technological change implies some benefits as well as some losses. Finally, bearing in mind that the book is a communication media that involves certain practices, we will examine what changes produced by the technological inventions will affect the user's practices.

Keywords: Book, E-book, Future of the Book, Technological Change, Reading Practices

La pregunta acerca del futuro del libro se viene planteando con insistencia desde, al menos, hace un par de décadas. Con polémica, como no podía ser de otra manera. Si uno lee lo que se decía ya entonces y lo que se sigue diciendo ahora, no parece que hayamos avanzado mucho. Por más que las respuestas se hayan dividido entre aquellos que auguraban su desaparición y los que negaban de forma categórica que tal cosa pudiera suceder, sobre la pregunta ha planeado siempre la convicción de que en “el mundo del libro” se estaban produciendo cambios profundos que, en opinión de la mayoría, el futuro no hará más que profundizar. Estos cambios, trufados de profecías que nunca se acaban de cumplir, han sido ocasión para hablar no sólo del libro sino de toda una serie de fenómenos que tienen lugar a su alrededor. Un examen superficial de los diversos argumentos produce dos impresiones inmediatas. La primera es la de una enorme confusión. Después de leer o escuchar las opiniones de unos y otros, uno termina preguntándose de qué se habla cuando se habla del “futuro del libro”. La segunda es que el sentimiento más general entre aquellos que pertenecen “al mundo del libro” es la de desaliento. Si sólo se tienen en cuenta las informaciones que con más frecuencia aparecen en los medios de comunicación, lo que se aproxima es una catástrofe: menos libros (¿menos lectores?), “bibliotecas solitarias”, “librerías amenazadas”, “editoriales reducidas”, “escritores desprotegidos”, etc.¹ Bien es verdad que las últimas noticias acerca del libro tienen que ver también con la aparición de nuevos soportes electrónicos especialmente concebidos para el libro y con los consiguientes mensajes publicitarios que animan a los lectores a hacerse con estos dispositivos y a consumir libros electrónicos².

¹ Las expresiones entrecomilladas han sido extraídas de un artículo de W. Manrique Sandoval, publicado en el diario *El País* (14/03/2012), titulado “Una tormenta perfecta azota el mundo del libro”.

² Véanse, como ejemplo, las noticias aparecidas en el mismo diario (también en otros) unos días después del artículo citado en la nota anterior (5/04/2012) sobre la aparición en EEUU de nuevos dispositivos de *e-book* con pantalla táctil y las disponibilidades de libros en español para esta tecnología.

Una contradicción entre otras muchas que también encontramos en los medios. Nada, pues, que pueda sorprender. Ante este paisaje, la reflexión que en estas breves páginas me propongo hacer tiene como objetivo analizar los fundamentos de estas dos impresiones inmediatas. En primer lugar trataré de contestar a la pregunta (por otra parte nada complicada) de qué hablamos cuando hablamos del futuro del libro; y, en segundo, analizar algunos argumentos utilizados por unos y otros para tratar de dilucidar qué justificación tienen, fundamentalmente, los temores, aunque también, la euforia de aquellos que nos prometen “un mundo mejor”.

La confusión sobre el objeto de discusión queda tipificada en las afirmaciones de dos autores que, aunque no pueden considerarse como representantes de “apocalípticos e “integrados” en la materia, sí pueden ejemplificar dos posiciones antagónicas. La primera ha sido defendida por U. Eco y sostiene que el libro es, como la rueda, una máquina perfecta: “una vez inventado, no se puede hacer nada mejor” (2010: 109). La segunda es una afirmación de G.P. Landow que pretende deconstruir una predicción, la de cómo podríamos ir “más allá del libro”, con la simple constatación de que ya estamos allí, afirmación que realizada 1994, tenía mayor valor que el que pudiera tener hoy. Habría que aclarar no obstante que ambos autores tienen, desde luego, opiniones que matizan estas afirmaciones, muchas de ellas tan razonables que no tendríamos ningún inconveniente en compartir. A los amantes de los libros la frase de Eco puede parecerles reconfortante porque, de ser así, nada habría que temer. Sin embargo, a mi me produce un cierta estupefacción. Parece dar a entender que el libro, como la rueda, presenta una única modalidad. Mi pregunta es de si hay “una” rueda. Dicho en otros términos: si, puesto que hablamos de herramientas no deberíamos poner por delante la pregunta “para qué”. Y si me hago esta pregunta la respuesta más razonable es que hay tantas ruedas como funciones pueden desempeñar esos objetos circulares (más bien cilíndricos) a los que les aplicamos ese nombre. La afirmación de Landow expresa de forma más evidente esa confusión que se cuele en gran parte de las discusiones que hemos podido conocer: la indefinición de aquello de lo que estamos hablando. Cuando hablamos del futuro del libro nos referimos con este término tanto a la tecnología o soporte de la escritura como a su manifestación más corriente en la actualidad, es decir, a una de las modalidades que históricamente ha adoptado el libro: la del código de papel impreso. Esta confusión puede alimentar una polémica ficticia. La mayoría nos pondríamos de acuerdo en breves segundos en que, si hablamos del libro como tecnología de la escritura, el libro no corre ningún peligro verosímil. Si hablamos del código de papel impreso, deberíamos plantearnos aún la pregunta sobre qué tipo de libro ha desaparecido, está desapareciendo o es relativamente previsible que vaya a desaparecer en no muy largo plazo. Estaríamos entonces no ante una, sino ante varias preguntas cuyas respuestas presentan diverso grado de dificultad. No está nada claro que podamos hablar de algún tipo de libro impreso del que podamos decir que ha desaparecido definitivamente (al menos, no se me ocurre en este momento). En cambio, resulta claro que cierto tipo de códigos de papel impreso como las enciclopedias, pueden estar a punto de desaparecer. Sirva como muestra el anuncio de la renuncia de la *Enciclopedia Británica* a seguir editándose en papel tras 244 años de existencia. Ese mismo camino parece que están siguiendo otros libros a los que la mayoría no echaremos mucho de menos si los encontramos en otro formato: diccionarios, anuarios telefónicos, catálogos (incluidos los de las bibliotecas) y similares. Estos hechos no justifican, a mi juicio, la previsión de la definitiva desaparición de los libros de papel, y, desde luego, muchos menos la posibilidad de que la pregunta sobre el cuándo tenga una respuesta razonable. Por lo demás, pienso, como O'Donnell (1998: 55), que la profecía es un juego de rufianes que tiene muy escasas consecuencias prácticas, así que procuraré resistirme a la tentación de hacer profecías.

Esta primera clarificación puede ayudarnos a ordenar también la discusión en torno al mundo del libro, aunque este objetivo no resultará tan fácil como el primero. Antes al contrario, me temo que dejará muchas cuestiones sin abordar y muchos cabos por atar. No obstante no quisiera renunciar tan pronto a ese intento. Para organizar mi reflexión voy a servirme de dos principios. Estos dos principios podrían considerarse corolarios de la concepción del libro como tecnología

de la escritura. El primero de ellos, aunque tiene una formulación general, no puede ser considerado evidente, pero creo que viene avalado por una experiencia milenaria: la introducción de una nueva tecnología supone ganancias y pérdidas, lo que no implica que siempre seamos conscientes de lo que se gana y de lo que se pierde en los cambios. El segundo es que siendo el libro una herramienta, supone, como todas las tecnologías, un *logos*, es decir, un saber acerca de su uso. De forma más general podríamos decir que en el uso de una herramienta (técnica) involucra una serie de prácticas (saberes) que están inscritas en un contexto socio-cultural complejo. Pero desde la perspectiva particular que presenta el libro, no puede olvidarse que estamos ante un “medio” de comunicación y que las prácticas que involucra son, en definitiva, prácticas comunicativas.

Como el lector habrá advertido, el primero de estos principios me ha sido inspirado por el repetidamente citado mito platónico de la invención de la escritura que podemos leer en el *Fedro* (274c-275b). Como no podía ser de otra manera el mito se presta a muy diversas interpretaciones, esta vez justificadas por la paradoja de que sea un escritor (por mucho que adopte el género del diálogo) el que obligue a mantener a su personaje (Sócrates) una actitud de rechazo de la escritura. Sea como fuere, para ser justos creo que hay que valorar los argumentos de los dos personajes enfrentados en el mito, el dios Theuth, avalista de los beneficios de la escritura, y el faraón Thamus, que no se muestra precisamente entusiasmado con el nuevo “juego” que el dios le brinda. Nadie en su sano juicio osaría negar los beneficios de la escritura; pero, como pone hoy sobradamente de manifiesto la desproporción entre la información disponible y el saber que cada uno de nosotros puede alcanzar, a Thamus no le falta razón cuando llama la atención sobre la falta de coincidencia entre la memoria exteriorizada a la que sirve la escritura y la sabiduría que promete. Hasta qué punto la escritura supuso, por una parte, la modificación de las capacidades de la memoria y, por otra, la difusión del saber, es algo que también ha sido analizado profusamente, por lo que no insistiré más en la cuestión. Quiero, eso sí, quedarme con la generalización del carácter doble de toda tecnología al servicio de la inteligencia, que en el mito platónico viene prefigurado por la noción de “fármaco” (inevitablemente asociado a la cantidad de la dosis) que Thamus atribuye a la escritura. Para ser un poco más preciso: la introducción de una tecnología supone cambios en los que algo se pierde y algo se gana. Si fuéramos tan optimistas como lo son los “integrados” deberíamos concluir que las ganancias son mayores que las pérdidas. Si fuéramos tan pesimistas como los “apocalípticos”, deberíamos aceptar que las pérdidas son irreparables. No tomaré partido por ninguno de ellos. Lo que sí me atrevo a decir es que la introducción de los cambios no se realiza tras una evaluación razonada de las ventajas y los inconvenientes, sino que la imposición de una determinada opción tecnológica viene determinada por dos factores: la satisfacción de necesidades socioculturales y la lógica, en algunos momentos implacable, que introduce la tecnología una vez ha sido introducida en una sociedad. Más adelante analizaré algo más detalladamente esta afirmación.

La pérdida que tiene lugar con la introducción de nuevas tecnologías al servicio de la inteligencia (en nuestro caso, al servicio de la escritura) no puede ser interpretada en el sentido de que la introducción de un nuevo medio suponga necesariamente la desaparición de los anteriores. Dicho en los términos (también muy citados³) de V. Hugo, la historia no nos aporta muchos argumentos para sostener que “*ceçi tuera çela*”. Los partidarios de esta opinión suelen citar que los modernos medios de la comunicación como el cine o la televisión (que también podemos considerar “medios de inscripción”), no han supuesto la desaparición de otros medios anteriores, como la prensa, la radio o la fotografía. En principio no hay muchos argumentos para disentir de esta opinión. Ahora bien, tampoco se puede ser muy dogmático en esta cuestión. Si hablamos de las diversas modalidades del libro, también tenemos ejemplos *a contrario*. La aparición del códice, primero y del códice de papel impreso, después, acabó prácticamente con los *volumina*, en especial, con los de papiro. No deberían, por tanto, sacarse conclusiones apresuradas cuando se trata de argumentar respecto a la posibilidad de que los libros de papel sean reemplazados por los libros electrónicos. En cualquier caso, creo que deberían tenerse en cuenta otros factores que

³ Véase Nunberg (ed.) 1998.

podemos analizar de forma bastante precisa cuando consideramos al libro como un objeto alrededor del cual se coagulan una serie de prácticas socio-comunicativas.

No hay que ser muy agudo para advertir que el fracaso de las profecías entorno a la desaparición de esa modalidad de libro que ha tenido tanto éxito durante más de cinco siglos, el código de papel impreso, se debe, fundamentalmente, a que se aborda una cuestión compleja desde una perspectiva simple, casi siempre únicamente técnica. Probablemente no hay nadie que se atreva a negar que la revolución que se está produciendo tiene un origen inmediato que es tecnológico. Ahora bien, hay que escuchar a los que llaman la atención sobre otro tipo de causas. Hace ya algunos años, Carla Hesse defendía muy enfáticamente que las transformaciones en la cultura impresa que tuvieron lugar en el Renacimiento tras la invención de la imprenta no fueron inevitables consecuencias de la introducción de una determinada tecnología, sino “el resultado final de determinadas elecciones sociales y políticas de determinadas sociedades en determinados momentos” (1998: 25-26). Al abordar este problema se está planteando de forma particular una cuestión que ha sido discutida también en términos generales: la de si son las condiciones socio-culturales e históricas las que determinan la aparición de las tecnologías o si son estas las que determinan los cambios sociales. Quisiera adelantar que no soy determinista en ningún sentido. Como decía más arriba, tiendo a pensar que son dos tipos de factores que se condicionan mutuamente y que no resulta fácil establecer *a priori* cuál de ellos resulta más determinante. En cualquier caso, creo que para aclarar el problema habría que distinguir entre las causas de la aparición de una tecnología y las consecuencias no previstas que se derivan de su introducción. La aparición de una tecnología puede ser debida a que satisface necesidades producidas por determinadas decisiones de carácter social y político; pero no puede ignorarse que muchas veces la introducción de una tecnología en una sociedad y en un momento determinado de la historia puede ser debida a que era una posibilidad derivada de otras innovaciones tecnológicas que alguien decidió desarrollar. No debe olvidarse tampoco que, una vez introducida una tecnología, impone una cierta lógica que funciona bastante al margen de las decisiones sociales y políticas. Creo que este es precisamente nuestro caso. El cambio tecnológico que se está produciendo en el libro es una consecuencia de un cambio anterior que no estaba orientado expresamente a dar satisfacción a necesidades originadas en el “orden de los libros” (por utilizar la expresión de R. Chartier). No estamos, pues, en el mismo caso del cambio que se produce cuando del papiro se pasa al pergamino y del volumen al códice. Quizá merezca la pena detenerse un poco en este hecho.

No deja de ser paradójico que el cambio revolucionario que está en la base de las nuevas tecnologías haya consistido en la invención de una nueva forma de escritura que sin embargo no estaba pensada inicialmente para aplicarse de forma inmediata a la tecnología del libro: la escritura digital tenía como objeto la información y su difusión rápida, segura y eficaz. Los primeros soportes para esta nueva escritura no constituían una modalidad del libro, sino un medio para todo tipo de comunicación, la oral en primer lugar. De hecho no resulta ocioso señalar que el soporte del nuevo libro, en términos comparativos, ha tardado más en llegar que las tecnologías del sonido, la imagen y la escritura no libresca. Una consecuencia derivada, al menos en parte, de este hecho, es que el soporte del nuevo libro aún está poco definido. Los libros electrónicos, es decir, aquellos soportes especialmente concebidos para el libro (e-book de tinta electrónica), aún están evolucionando tecnológicamente y tienen por un delante un cierto recorrido porque algunas de sus modalidades –reconozcámoslo- resultan aún más bien toscas. De forma independiente, los textos digitalizados, incluidos los textos, por así denominarlos, “librescos”, pueden leerse en las computadoras y, compitiendo de forma más directamente con los *e-book*, en las tabletas, que son soportes multimedia que, sin embargo, se presentan como otra alternativa de lectura que está adquiriendo gran éxito popular. Este fenómeno no es tampoco independiente de otro que afecta a las nuevas tecnologías en general: su rápida obsolescencia. La combinación de diversidad y obsolescencia están, a mi entender, en el origen de no pocas resistencias al cambio, y en definitiva, pueden explicar en parte por qué no se ha producido ese relevo del códice de papel que tantos habían augurado como más inmediato.

Estas actitudes no son más que algunos de los elementos de la complejidad a la que aludíamos. Los estudios sobre la comunicación mediática, desde antes incluso de la aparición de las nuevas tecnologías, vienen poniendo de manifiesto que el medio no es neutral. Más allá de las consideraciones, a veces apocalípticas, en torno a la afirmación McLuhiana de que el “medio es el mensaje”, de lo que no cabe duda es que el texto no existe en sí mismo, separado de toda materialidad. El formato determina las prácticas de producción, difusión, almacenamiento y consumo del libro. Si focalizamos nuestra mirada en aquellas consecuencias que tienen relación más directa con el soporte, es necesario reparar en dos aspectos que me parecen de enorme relevancia. El primero de ellos afecta directamente al libro como objeto; el segundo a los discursos o textos que vehicula.

Entre los argumentos que los defensores del código de papel utilizan para justificar su existencia están los que se refieren al hecho de que el código es un objeto material que facilita un uso que tiene ventajas de mera utilidad pero también de carácter simbólico y estético. Una de las diferencias más notables entre la antigua escritura y la nueva es que la primera, al ser visible, objetualizaba el pensamiento y la memoria. La escritura digital produce el efecto contrario: tiene el mismo efecto exteriorizador que la antigua escritura, pero la “desmaterializa” y, por tanto, la hace invisible y la desubica. Las consecuencias de este cambio son numerosas. Algunas, como las de la perdurabilidad, la movilidad, la rápida difusión, la diferencia entre los distintos formatos y ejemplares, etc., han sido frecuentemente comentadas y no insistiré más en ellas. Quisiera sin embargo aludir a otras no tan comentadas. Una de ellas es la pérdida de la sensación de totalidad que proporciona el código de papel. Esté en un formato o en otro (cuestión también muy pertinente para su éxito y aceptación⁴), el código permite valorar la extensión de la obra con criterios más verificables, cuestión, como es sabido, nada baladí para ciertos lectores. La variación *ad libitum* del tamaño de las fuentes en el libro electrónico aumenta considerablemente la imprecisión. Esta inestabilidad de la extensión afecta a otros detalles que a pesar de ser materiales, no son tan nimios. En el libro electrónico se siguen utilizando los criterios de paginación de antaño, pero esta no es más que una apariencia. En realidad, es éste un criterio que ya no tiene demasiado sentido en el texto electrónico, en este aspecto más próximo al volumen. La cuestión deja de ser insignificante cuando reparamos que, para distinguir el libro de otras publicaciones impresas, la Unesco estableció que un libro es un código de 49 páginas o más. La pérdida de este criterio supone inevitablemente su “indefinición”. Veremos las consecuencias que tiene en el futuro. De momento ya podemos apreciar algunas. Respecto de la extensión, una vez desaparecida la estabilidad en el formato, dudo mucho que la mayoría de los lectores pueda hacerse una idea sobre la extensión del libro electrónico que está leyendo. Podrá adoptar otros criterios como el número de palabras, pero ¿será suficiente?

Asociadas a esta cualidad están otras que entrañan un profundo cambio en la búsqueda de la información dentro del libro y la forma en que el lector puede moverse dentro del texto. Pero a ello aludiremos más adelante. La “invisibilidad” (o la nueva “visibilidad”, porque también podrías decirse así) del libro electrónico hace desaparecer otros valores del código de papel. Desde mi punto de vista están en primer lugar los valores simbólicos asociados. Por poner algunos ejemplos, como dice R. Chartier (1994: 91), desde el comienzo de la era cristiana (época en que el código comienza a imponerse definitivamente) el libro ha sido una de las metáforas más poderosas para pensar el cosmos, la naturaleza, el cuerpo humano. Si desaparece el objeto que ha proporcionado la matriz que ha proporcionado ese repertorio de imágenes, las referencias y procedimientos que organizan la legibilidad del mundo, se verán profundamente trastornados. En otro orden de cosas, el libro-objeto constituye un poderoso indicador de la identidad misma de su propietario y de cómo se construye: la pertenencia a una clase económica o cultural, sus gustos, su profesión, las formas de empleo del ocio, etc. De la misma manera, el libro-objeto juega un importante papel como objeto de intercambio simbólico, por ejemplo como objeto de regalo. En

⁴ L. Toschi señala que en el siglo XIX el formato del libro era decisivo para el éxito o fracaso de una obra. Consecuentemente, basándose en las preferencias de formato se podían llevar a cabo interesantes análisis sobre el público lector (1998: 175).

torno a él se han instalado algunos rituales que ya no tendrán tanto sentido si lo que se regala es el soporte y no tanto el texto del libro. El libro electrónico seguirá circulando entre los lectores como un don, pero este intercambio, independientemente de las consecuencias económicas de todos conocidas, pierde algunas de las características simbólicas más importantes que hasta ahora tenía. Quizá adquiera otras.

No menor importancia tienen los valores de carácter estético que se le atribuyen. El códice ha conseguido en muchos momentos un valor de obra de arte que le viene dado tanto por lo que es en sí mismo como objeto material, como por las prácticas asociadas a su producción (libros iluminados, por ejemplo), su origen temporal (incunables), espacial (lugar de impresión), etc. Perdida su materialidad, el libro pierde irremediamente, como diría Benjamin, su aura. No todos los códices de papel la tienen, pero eliminada su materialidad se elimina también la posibilidad misma de que la tengan. El contenido podrá conservar su belleza, pero esa es otra cuestión en la que ahora no es pertinente entrar. Aunque más adelante aludiremos a las consecuencias que todo esto tiene para el almacenamiento y el control, digamos de pasada que la desaparición de los viejos libros terminan en gran medida con una especie de lector-propietario: la de bibliófilo. Se podrá ejercer de bibliófilo, pero sólo respecto del códice de papel o pergamino.

Pero como decíamos, la digitalización tiene consecuencias también para el texto que soporta. No nos extenderemos tampoco en una cuestión bien conocida. Digamos que, en términos generales, “forma es significado” (Debray, 1998: 146). Quizá sea aún pronto para que podamos analizar las consecuencias que este hecho tiene. Más abajo aludiremos también a algunas consecuencias que se derivan para los modos de escribir y de interpretar lo escrito. Aludamos simplemente a otros dos hechos bien conocidos pero no por ello de trascendencia menor. La digitalización y sus soportes facilitan como nunca hasta ahora la integración de distintas sustancias de la expresión, fundamentalmente la del lenguaje escrito y la imagen. Sobre el particular se ha escrito mucho. Y también muy mal. No es el momento de examinar los tópicos infundados y las insensateces sin cuento fundadas en la ignorancia del funcionamiento semiótico de las diversas formas de expresión que la nueva escritura facilita. Digamos simplemente que estas posibilidades alteran profundamente la naturaleza de los textos. Algo similar podría decirse de otra cuestión sobre la naturaleza de los nuevos textos de la que también se ha escrito profusamente: la hipertextualidad. Esta nueva forma de escritura proporciona al texto una tercera dimensión que contribuye a hacerle más indefinido (en el sentido de menos limitado) y que puede tener consecuencias muy diversas, de nuevo, positivas y negativas (dependerá, como siempre, del uso) sobre las formas de lectura. Ahora bien, muchas de las especulaciones en torno a esta cuestión suelen pasar por alto que los nuevos libros y sus soportes apenas utilizan aún esta nueva modalidad textual. Una prueba más de que podrían recorrerse otros caminos, pero que aún no se han recorrido y que incluso pudiera ocurrir que no se recorrieran. La historia de los medios de comunicación pone de manifiesto que alguno de ellos (podríamos poner ejemplos referidos al teléfono o a la radio) no se utilizan ya para aquello que se utilizaron en un principio y, en cambio, han terminado usándose para cosas insospechadas.

Como es bien sabido, la invención de la imprenta convierte a la producción de libros en una industria con una capacidad de producción sin precedentes. Sin duda, también podríamos considerar industrial la producción de papiros para la escritura durante el reinado de los Ptolomeos en Egipto y, posteriormente, durante la época romana. De igual manera el comercio del libro en Alejandría y posteriormente en la Roma de final de la República y, sobre todo, durante el Imperio, alcanzó un gran desarrollo (Dahl 1982). Pero a partir de la imprenta, la producción y el comercio adquieren caracteres muy diferentes por su volumen y extensión, sobre todo, a partir de la separación de las funciones de editores y libreros (González Quirós & Gherab Martín, 2006: 63). La industria cultural del libro no ha hecho más que desarrollarse desde entonces, adquiriendo con el tiempo caracteres diversos según la época y el lugar. La aparición de otros nuevos medios y sus contenidos, sobre todo en el siglo XX, da lugar a que la industria del libro no sea más que una parte (y no la más significativa) de grandes conglomerados industriales que incluyen a todos

los medios. Sabemos hasta qué punto la invención de la imprenta supuso también una modificación importante de la noción de autor. Como no podía ser de otra manera, el cambio de modelo del libro está produciendo ya cambios radicales en todo lo que tiene que ver con la instancia de la producción y la difusión. No me detendré demasiado en cambios que son bien conocidos que afectan a autores, editores, distribuidores, librerías. Lo que quiero destacar ahora es que las instancias sociales y políticas a las que se refería Hesse están resultando determinantes no precisamente para que el cambio se produzca, sino más bien para retardarlo. Quizá resulte adecuado recordar que, como dice Nunberg (1998: 17), “las tecnologías no pueden determinar por sí mismas cómo y dónde se despliegan”. Creo que el incumplimiento de ciertas profecías tiene que ver, al menos en parte, con este tipo de resistencias. Es comprensible que así sea. La industria del libro se encuentra hoy en una situación parecida a la que, antes incluso que ella, se encontraron las de la música, el cine y las otras industrias culturales. Se piden cambios rápidos, pero los conglomerados industriales no pueden adaptarse con la velocidad que demandan los cambios tecnológicos y las prácticas a las que dan lugar. Y sin embargo, estos cambios sociales, políticos y económicos son necesarios porque, antes o después, la lógica de la tecnología se impondrá. Y de nuevo alguien ganará y alguien perderá. Nos guste o no, al cambiar los procedimientos, algunas de las antiguas funciones cambiarán mientras que otras simplemente y llanamente desaparecerán. ¿Podemos esperar razonablemente que subsistan esos establecimientos tan entrañables que son las librerías? Y si lo hicieran ¿cuántas de las actualmente existentes?, ¿qué cambios tendrán que hacer para sobrevivir? Las decisiones no son fáciles en un momento en que ya se han producido cambios notables pero *toda vía no* con la extensión y la profundidad previsible. Por lo demás, como en todo contexto social de cambio, el análisis no es completo si no se tienen en cuenta las relaciones de poder. La rapidez y el sentido del cambio dependerán de las batallas que están teniendo lugar entre los diversos poderes enfrentados. La diversidad de los soportes (no siempre compatibles entre sí), los precios de los libros, la variedad de la oferta, los monopolios de la distribución y el comportamiento incontrolable de los consumidores (que ya no están limitados como antes sino que tienen mucho que decir), son variables de una situación compleja cuyo desarrollo no resulta fácil prever.

Podemos preguntarnos qué tienen y, sobre todo, qué pueden decir aquellos agentes que en estas luchas de poder son los que menor poder de decisión poseen pero son condiciones necesarias del “orden de los libros”: autores y lectores. Decíamos más arriba que las tecnologías modifican las prácticas de todos aquellos que las usan. Decíamos también que la función del autor había cambiado al tiempo que cambiaban las tecnologías del libro. Quisiera hacer algunas consideraciones al respecto. Algunas de ellas no tienen que ver directamente con el libro, aunque han sido analizadas en el contexto de la discusión en torno a él. Entre ellas están, sin duda, las que afectan al modo de la escritura. Los que practican la escritura y tienen ya alguna edad saben bien cómo han cambiado sus prácticas. La escritura manual ha ido dejando cada vez más lugar a la escritura en la pantalla. Pudiera parecer que este cambio no es muy distinto a otro producido con anterioridad: el escritor del siglo XX dejó de estar asociado a la pluma para estarlo a la máquina de escribir. Pero la máquina de escribir y la computadora son dos tecnologías muy distintas. La escritura de la máquina de escribir estaba determinada por una modalidad de escritura que es lineal y sólo muy parcialmente permitía la rectificación y la corrección de lo escrito. La escritura de la computadora es modular y permite todo tipo de rectificaciones y correcciones. Este hecho, aparentemente banal, tiene, sin embargo, importantes consecuencias. Las tiene, en primer lugar, en el ámbito del pensamiento y la reflexión. La escritura modular permite unas formas de pensamiento menos rígido aunque también más fragmentario. Pero no sólo eso, los modos de documentación para la escritura y la utilización de los textos ajenos son también muy distintos. No resulta tampoco baladí que las habilidades que facilita y permite la nueva tecnología no tengan que ver sólo con la escritura alfabética, sino con el uso de la imagen o de otras representaciones. La proliferación de esta escritura “mixta” es muy frecuente en todo tipo de texto. Todavía se produce una cierta resistencia en la práctica del autor literario, pero estoy convencido de que es una cuestión de tiempo. Esto no tiene nada que ver con la “naturaleza” del lenguaje o la “naturaleza” de la imagen o la hipotética ventaja de una sobre otra. Como decía más arriba, ciertos tópicos

cos muy habituales son prejuicios fundados sobre el desconocimiento de la eficacia semiótica de los distintos sistemas de expresión. El lenguaje es bueno para unas cosas y no tanto para otras; y a la imagen le ocurre igual. En último término, la eficacia de uno y otra depende de las posibilidades y los límites de cada forma de expresión, pero también del uso que puede hacerse de ellas. Las facilidades de nuestra tecnología empujan a un uso cada vez más frecuente y fácil de ambos procedimientos. Otra cosa será cómo se hace.

Hablar de escritura en este contexto obliga a hablar de esa modalidad textual que las nuevas tecnologías han posibilitado y que denominamos “hipertexto”. Están por ver también los cambios de actitudes y comportamiento que introducirá la escritura del hipertexto, de momento poco utilizada en los textos destinados a convertirse en libros. La escritura del hipertexto es una actividad bastante diferente a la escritura del texto que carece de hipervínculos. Exige una mentalidad distinta. Estamos habituados a escribir textos que tienen ampliaciones explícitas en las notas a pie de página. Pero determinar los textos a los que puede remitir mediante hipervínculos el texto que se va escribiendo, requiere un tipo de pensamiento mucho más complejo y probablemente más modular, lo que puede incidir en la homogeneidad y coherencia del texto principal. No me extrañaría nada que, en un futuro, terminaran por diferenciarse esas dos funciones en personas distintas: el escritor que escribe el texto y el especialista que lo vincula a otros textos que complementan o amplían su lectura.

Pero volviendo al presente, me parece aún más pertinente señalar, como hace el ya citado Chartier (1994: 30), que un autor no escribe libros; escribe textos que se convierten en objetos escritos: manuscritos, grabados, impresos, electrónicos. En la actualidad, situado ante las diversas opciones, unas veces sin quererlo y otras plenamente consciente de las nuevas posibilidades, ha de tomar la decisión sobre el formato que quiere para su texto, elección que no es baladí porque cada una de las posibilidades tiene ventajas e inconvenientes. En teoría (en la práctica, no tanto) puede elegir entre la forma del códice de papel y el formato de libro electrónico. De esta decisión dependen las formas de producción, difusión, almacenado y lectura de su obra. La indefinición del orden de los libros que se produce en la actualidad no facilita este tipo de decisiones. Para aquellos que no han convertido la tecnología en su enemigo (actitud que va dejando de tener el valor simbólico que en otros tiempos tuvo), su decisión no resulta fácil, y sobre ella pueden influir muchos factores. Desde luego, la forma de escritura. Pero también otras que tienen que ver con los aspectos simbólicos y económicos. La posibilidad de difundir un libro en la red está al alcance de mucha gente. Publicar en una editorial en formato de códice de papel, sólo al de unos pocos. Está también la opción de hacerlo en ambas modalidades aunque plantee no pocas contradicciones.

La modificación de las condiciones materiales y simbólicas también les está afectando de forma profunda. La copia y difusión no autorizada de las obras, sobre todo en algunos países, está estrangulando los beneficios económicos de las empresas y de muchos autores. Los hechos están obligando a reconsiderar los derechos legales y morales que al antiguo régimen reconocía al autor sobre su obra. Según Carla Hesse (1994: 26-27), la aparición de la noción moderna de autor estuvo ligada, más que a la aparición de la imprenta, a “las cambiantes exigencias políticas, institucionales y culturales de los estados del Renacimiento y sus sucesores absolutistas”. No estoy en condiciones de rebatir este argumento, que es de carácter histórico. Ahora bien, dudo que el fenómeno pueda explicarse al margen del hecho de que el libro llegara a convertirse en una mercancía que, como decíamos más arriba, desde el punto de vista de su producción, no puede compararse con otros momentos históricos. De todos modos, creo que, en la situación actual, el cambio de estatus del autor está ligado desde luego a que la tecnología proporciona una gran capacidad de intervención del lector en el texto y también a su desmaterialización y las consecuencias que esta tiene para la difusión y el consumo de los libros. Creo que, en nuestra situación, es la tecnología la que está haciendo cambiar el papel del autor. Este factor opera también a otros niveles. El autor ya no goza tampoco del aura que proporcionaba el pertenecer a la relativamente reducida clase de aquellos que llegaban a ver materializada su obra en papel de

imprensa. La visibilidad y publicidad se puede conseguir hoy por otros medios: la red proporciona la posibilidad de hacerse visible a una cantidad ingente de personas. Naturalmente que la inflación de los que escriben es tal que sólo una pequeñísima parte de los que exponen sus obras en la red llegan a ser leídos por un número considerable de personas (González Quirós 2009: 543-44). El precio (en sentido amplio, pero también más restringido del término) es, hoy por hoy, sin duda muy alto: la renuncia al beneficio económico y simbólico. Paradójicamente, la red acaba también con otra de las figuras emblemáticas de la era de la imprenta: la del escritor maldito. Hoy quien quiere puede publicar su obra. Otra cosa es que llegue a ser leído. Es también una gran oportunidad para la superchería.

Hay, de todos modos, otros factores que a mi entender están modificando el rol social del autor. Entre otros, la pérdida de “estabilidad” de la escritura. Gran parte de la escritura es efímera; no tiene voluntad de permanencia. Se escribe deprisa, se difunde de prisa, se consume de prisa y desaparece de la visibilidad pública con la misma rapidez. Consecuentemente, el autor tiene que estar reinventándose continuamente. Sobre todo los que escriben en la red. Todo ello tiene importantes consecuencias para la consolidación del texto y de su autor.

De todas las instancias del orden de los libros la más beneficiada por el cambio es el lector. Al menos en principio. La tecnología ha aumentado hasta límites insospechados su acceso al libro. Está en primer lugar el número y la variedad de los libros, pero es sobre todo la increíble facilidad con la que puede llegar hasta ellos. La desmaterialización del libro ha facilitado su transporte y circulación. Hasta los que antaño le eran más inaccesibles pueden estar ahora disponibles sin necesidad de moverse de su silla de lector. No está obligado como antes a aplazar el deseo, que cada vez más puede ser satisfecho de forma instantánea o al menos poco dilatada en el tiempo. Tampoco, a cargar con ellos si viaja o a ocupar grandes espacios (de los que muchas veces no disponía) para almacenarlos. Puede intercambiarlos con otros lectores que pueden estar muy alejados y a los que ni siquiera llega a conocer. Y todo ello sin grandes dispendios. Muchos de los libros que están a su alcance han perdido el estatus de mercancía por la que hay que pagar un precio. Como consecuencia, las librerías y las bibliotecas se han vaciado, y, como decía antes, nos pese o no, se verán obligadas a modificar sus funciones sociales.

La facilidad del acceso a los libros ha terminado eliminando las categorías sociales de lectores: culto frente a popular, público frente a privado, con poder económico frente a sin recursos (Hesse, 1998: 37). Esto no significa que hayan desaparecido las diferencias. Si somos consecuentes con lo afirmado más arriba, la experiencia del texto viene en parte determinada por el soporte que lo hace legible. Y como dice bellamente Chartier (1994: 25) “la lectura es siempre una práctica encarnada en gestos, espacios, hábitos”. Estas prácticas han adquirido una gran diversidad a lo largo del tiempo. Hay una historia de la lectura (Manguel, 1998) que nos ha sido transmitida en los libros mismos pero también en el arte. Las distintas formas de leer han estado vinculadas, como no podía ser de otro modo, a los distintos soportes del libro, pero también a prácticas sociales no estrictamente ligadas a él. Suelen citarse como casos paradigmáticos, la progresiva extensión de la lectura silenciosa frente a la lectura en voz alta, que parece ser una novedad todavía en el siglo IV de nuestra era. La lectura en voz alta volvería después como un ritual monástico, proletario o al servicio de la publicidad, de las obras como muestra el conocido caso de Dickens. No resulta muy aventurado afirmar, pues, que las nuevas tecnologías introducirán nuevas formas de lectura.

La convicción de que se modificarán las condiciones de lecturas puede llevarnos a dar rienda suelta a la imaginación o, por el contrario, a analizar de qué manera los nuevos formatos están afectando ya a la experiencia de la lectura. Las conclusiones son aún muy preliminares y no hay que descartar cambios aún imprevisibles. No hace tanto tiempo que la tecnología digital del libro está disponible y para gran parte de lectores, el código de papel sigue siendo el único vehículo del texto libresco. Como decía más arriba, los soportes electrónicos están aún por definir y, en este aspecto, los lectores tienen mucho que decir. Hay que volver de nuevo a señalar la prioridad de algunos factores sociales sobre los meramente tecnológicos. La batalla sobre qué tipo de soporte de los que ahora conocemos terminará por imponerse (*e-book*, tableta, computadora) dependerá desde luego del desarrollo tecnológico de cada uno de ellos. Pero estoy convencido de que será el

público quien termine por decidir cuáles son realmente más eficaces y cómodos. De momento sabemos, por ejemplo, que las tabletas gozan hoy de una flexibilidad de manejo que no tienen los *e-book*, pero quien ha experimentado con los dos tipos de soportes sabe bien que no es lo mismo la lectura en la pantalla luminosa de la primera que en la página escrita con tinta electrónica del segundo. La experiencia de la lectura tiene que ser placentera porque si no es así, los lectores serán circunstanciales: leerán sólo aquello que estén obligados a leer. Pero todo el mundo sabe que la gran mayoría de los lectores no van a renunciar al placer del texto. Así pues, cuál sea la solución a este tipo de cuestiones determinará los cambios en las formas de leer y, lo que es más importante, en la actividad intelectual del lector. Sea como fuere, con los datos que actualmente tenemos no cabe duda de que cada uno de esos soportes tiene su utilidad. Las tabletas y las computadoras siguen (y muy probablemente seguirán siéndolo) muy útiles para el acceso al libro publicados en papel y digitalizados posteriormente conservando la estructura textual que tenían inicialmente. Para los investigadores de multitud de áreas científicas, el fácil acceso a este tipo de aplicaciones resulta esencial. Sólo aquellos que lo han experimentado saben el placer que proporciona y la utilidad que tiene la posibilidad de acceder sin moverse del lugar de estudio a obras publicadas hace varios siglos y localizadas físicamente en bibliotecas inaccesibles. La lectura no resulta cómoda, pero es muy útil. Es muy probable, sin embargo, que el *e-book* vaya ganando más adeptos.

También resulta patente que la forma en que el lector se mueve por el texto electrónico es muy distinta a la forma en que lo hacía en el impreso. El libro ya no puede ser hojeado; se desarrolla de forma muy semejante a como lo hacía el volumen. Sin embargo la búsqueda de palabras o frases es ahora más rápida y exhaustiva. Como contrapartida, mientras se terminan de aplicar sistemas más precisos (González Quirós & Gherab Martín, 2006: 172 ss.), las búsquedas proporcionan demasiada información no relevante. Como decíamos antes, si no se conserva la paginación, las referencias a fragmentos concretos del texto se harán más imprecisas. Con todo, hay otras consecuencias de mayor calado que empiezan a hacerse evidentes. Si algo caracteriza la lectura en el libro de papel es esa actitud de aislamiento del mundo en rededor que vemos tan claramente representada en las artes plásticas. La lectura exige concentración. Sin embargo, la lectura en soportes que no están pensados exclusivamente para el libro y, en definitiva, la conectividad de las herramientas multimedia, han dado lugar a una fragmentación de la atención. Sobre todo los más jóvenes usuarios de estos artefactos trabajan simultáneamente en varias pantallas y, en definitiva, alternando tareas muy distintas. La necesidad de estar conectados y de atender a las demandas de aquellos con los que se mantiene el contacto interrumpe de forma continua la concentración en la tarea que se está llevando a cabo. La consecuencia de todo ello es que no se mantiene la concentración y la lectura continuada se ve dificultada. Como contrapartida, los lugares y el tiempo de la lectura se han diversificado: se puede leer, en ocasiones se necesita leer, en todo momento y en todo lugar. No resulta fácil decir si estamos ante una ventaja o un inconveniente. En cualquier caso, estos cambios parecen imparables.

Finalmente, no quisiera terminar mi reflexión sin alguna referencia a otras instancias de la recepción distintas de la del lector: a bibliotecarios, documentalistas y, naturalmente, a las instituciones para las que trabajan. Un factor esencial del orden de los libros ha sido el control de su almacenamiento y su recuperación. La desmaterialización y la hiper-producción de las que hemos venido hablando, modifican de forma radical la situación anterior. Los libros siguen ocupando un “lugar” pero no el que antes ocupaban. Ese nuevo lugar está desubicado, es “atópico” (Castañares, 1997). Consecuentemente, las bibliotecas actuales tendrán que redefinir sus funciones (González Quirós, 2012). No entraré en las consecuencias que estos cambios tienen para la biblioteca como lugar arquitectónico. Me parecen más interesantes las consecuencias que este hecho tiene para la selección, conservación y recuperación de los libros, porque en definitiva de ellas depende mucho más la memoria cultural ya no de un pueblo, sino de la humanidad entera. Las ventajas de la desmaterialización son muy evidentes y tampoco me detendré demasiado en ellas. La digitalización facilita también sobremanera la recuperación rápida de los materiales

almacenados. Ahora bien, como venimos diciendo, no todo son ventajas. Entre las desventajas hay que destacar que la inflación de información atenta contra una función necesaria tanto desde el punto de vista individual como social: el olvido. No todo debe ser recordado. Aunque haya sido sólo a través de la prodigiosa imaginación de Borges, podemos atisbar las desgracias sin cuento de una memoria absoluta como la del malhadado Funes⁵. Necesitamos drenar todos aquellos elementos que no nos son útiles. Los antiguos sistemas establecieron eficaces sistemas de drenaje y eliminación de lo superfluo. Y lo que no es menos importante, fijaron criterios para la selección y organización de aquello que merecía la pena conservar. Sin duda los criterios establecidos para la selección, clasificación, catalogación, conservación y destrucción de los libros pueden ser discutibles, pero no cabe duda de que realizan aún hoy una función muy importante. Las nuevas tecnologías no han hecho más que engordar el caldo de cultivo que favorece el “mal de archivo” que afecta a todo documento (Derrida, 1996). Puesto que no ocupa lugar, todo tiende a ser conservado, sin ningún tipo de criterio. Pero no todo es útil y, por añadidura, dificulta la selección y recuperación de lo que verdaderamente interesa. Como muestra la ya enorme cantidad de información disponible en Internet, el problema de su fiabilidad se convierte en central. Aunque fuera imperfecto, el sistema de archivos y bibliotecas poseía sus propios criterios de evaluación para la selección. Los motores de búsqueda, a pesar de su utilidad, no dan respuesta a todas nuestras necesidades en este terreno: sus filtros son muy insuficientes. No sabemos aún cómo vamos a solucionar este problema que no es menor. Se ha especulado⁶ con la aparición de avezados documentalistas que harían esa delicada función, pero personalmente soy escéptico sobre esta solución humana en un contexto tecnológico.

Hay otra cuestión relacionada con la conservación que no quiero dejar de señalar, aunque también haya sido comentada con frecuencia: la obsolescencia de los soportes de inscripción. Como han señalado Eco y Carrière (2010: 27 ss.), nunca como ahora nos hemos encontrado ante la dificultad de recuperar información que hemos guardado en soportes que se han convertido en obsoletos en muy poco tiempo. No deja de ser irónico que uno de los argumentos que se habían esgrimido en contra del código de papel, el de su fragilidad, se haya vuelto tan ridículo al compararlo con soportes que se nos vendieron como infinitamente más perdurables. Soportes como las cintas magnéticas y diversos tipos de “discos” de almacenamiento se han vuelto inutilizables en muy poco tiempo debido a que han dejado de fabricarse las máquinas que los leían. Un hecho como este actúa de poderoso argumento a favor de la resistencia contra los nuevos soportes del texto escrito. ¿Vamos a poder leer dentro de algún tiempo los libros que han sido pensados para los artefactos de lectura que ahora tenemos? Los precedentes no nos permiten ser optimistas. Las reticencias de autores y editores pueden resultarnos irritantes en muchas ocasiones, pero hay que reconocer que están en parte justificadas.

Si contemplamos, pues, este amplio panorama, son muchos los cambios que se avecinan aunque no siempre sepamos a ciencia cierta ni cuántos, ni cuáles, ni cuándo. Algo sin embargo es seguro: no es el libro el que corre peligro. Si acaso, algunas de sus modalidades. Ahora bien, lo que podríamos llamar la ecología del libro está sufriendo en poco tiempo una gran transformación. En este cambio radical del medio, algunas de las especies desaparecerán. A otras les costará adaptarse, pero sobrevivirán. Alguna saldrá claramente beneficiada. De las que se ven amenazadas (real o imaginariamente) es de esperar todo tipo de resistencias: el instinto de supervivencia es casi siempre defensivo. Los que esperan los cambios para sacar beneficios tratarán de que éste llegue cuanto antes, lo que probablemente les puede llevar a apostar por modificaciones que terminen siendo un fiasco. No está tan claro dónde está la meta. En términos generales, dado que nuestra reflexión sólo ha podido detenerse en algunos de los cambios, quizá pudiera pensarse que hay más motivos para el pesimismo que para el optimismo. No estoy seguro de que sea así. Los cambios suelen molestar a la mayoría, pero esto no quiere decir que vayan a perjudicarles. En

⁵ Borges se refiere explícitamente la temporalidad de los recuerdos minuciosos: reconstruir los recuerdos de un día requería el día entero (1992: 80). Pero también a algo, si cabe, más determinante: a la incapacidad de pensar; justamente porque lo que permite la generalización es el olvido de las diferencias (1992: 82).

⁶ O'Donnell (1994:61) imagina una universidad en la que los bibliotecarios sean los profesores mejor pagados.

cualquier caso, dado que el libro no está en peligro, de entre todos los actores, es el lector el que, aunque también termine perdiendo algo, saldrá mejor parado. Sólo cabe esperar que, para él, las ventajas sean más que los inconvenientes. De momento, los más osados siguen alternado entre los diversos soportes.

REFERENCIAS

- Borges, J. L. (1992). "Funes el memorioso". *Obras completas*. Barcelona: Círculo de Lectores, vol. II: 77-83.
- Castañares, W. (1997). "La utopía de la atopía". *Revista de Libros*, 9, pp. 25-26.
- Chartier, R. (1994). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa.
- Dahl, S. (1982). *Historia del libro*. Madrid: Alianza Editorial.
- Debray, R. (1998). "El libro como objeto simbólico". En G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Gedisa, pp. 143-155.
- Derrida, J. (1996). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- Eco, U. & J.-C. Carrière (2010). *Nadie acabará con los libros*. Barcelona: Lumen.
- González Quirós, J. L. (2009). "El trabajo intelectual en el entorno digital: nuevas formas de escritura y erudición". *Arbor*, CLXXXV, 737, pp. 541-550.
- (2012). "Las nuevas misiones del bibliotecario". En E. Apodaka, L. Merino y M. Villarreal (eds.). *Crisis y mutaciones de la 'expertise'. Escenarios, políticas y prácticas del conocimiento experto*. Bilbao: ASCIDE, pp. 203-218.
- González Quirós, J. L. & K. Gherab Martín (2006). *El templo del saber. Hacia la biblioteca digital universal*. Barcelona: E. Deusto.
- Hesse, C. (1998). "Los libros en el tiempo". En G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Gedisa, pp. 25-40.
- Landow, G. P. (1998). "Dentro de veinte minutos, o ¿cómo nos trasladamos más allá del libro?". En G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Gedisa.
- Manguel, A. (1998). *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nunberg, G. (comp.) (1998). *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Gedisa.
- O'Donnell, J. J. (1998). "La pragmática de lo nuevo: Tritemio, McLuhan, Casiodoro". En G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Gedisa.
- Platón (2004). *Fedro*. En *Diálogos*, vol. 3. Madrid: Gredos.
- Manrique Sandoval, W. 2012. "Una tormenta perfecta azota el mundo del libro". *El País* 14/03/2012.
- Toschi, L. (1998). "Hipertexto y utopía". En G. Nunberg (comp.), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?* Barcelona: Gedisa, pp. 173-211.

SOBRE EL AUTOR

Wenceslao Castañares: Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor Titular de Universidad, ha sido Director del Departamento de Periodismo III (UCM). Actualmente es profesor de Semiótica en la Facultad de Ciencias de la Información de la UCM. Ha sido también profesor invitado en varias universidades de Colombia (Cali), Bolivia (La Paz), Brasil (Minas Gerais) y México (Universidad Autónoma de Nuevo León, Univa de Guadalajara). Sus trabajos de investigación se han centrado fundamentalmente en el campo de la semiótica y la comunicación de masas. Colaborador de revistas como *Telos*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos de Información y Comunicación*, *Revista de Libros*, etc. Entre sus obras cabe destacar las siguientes: *De la interpretación a la lectura* (1994), *La televisión moralista. Valores y sentimientos en el discurso televisivo* (2006) e *Historia del pensamiento semiótico. I: La antigüedad greco-Latina* (2014).

La *Revista Internacional del Libro, Digitalización y Bibliotecas*, ofrece un foro para profesionales de la edición, bibliotecarios, investigadores y educadores para hablar de ese artefacto icónico, el libro, y reflexionar sobre su pasado, su presente y su futuro. ¿Anuncian realmente los nuevos medios digitales (Internet, textos multi-media, etc.) la muerte del libro?

La revista es relevante para cualquier persona relacionada con el mundo del libro y de las publicaciones: autores, editores, impresores, bibliotecarios, especialistas en informática, librerías, editores, formadores e investigadores académicos. Las discusiones se ocupan de lo teórico (historia, análisis, presentación de informes de investigación) y de lo práctico (presentación de tecnologías, modelos de negocio, nuevas prácticas de escritura, de edición y de lectura).

La *Revista Internacional del Libro, Digitalización y Bibliotecas* es una revista académica sujeta a revisión por pares, y acepta artículos en español y en portugués.

ISSN 2255-2871

